

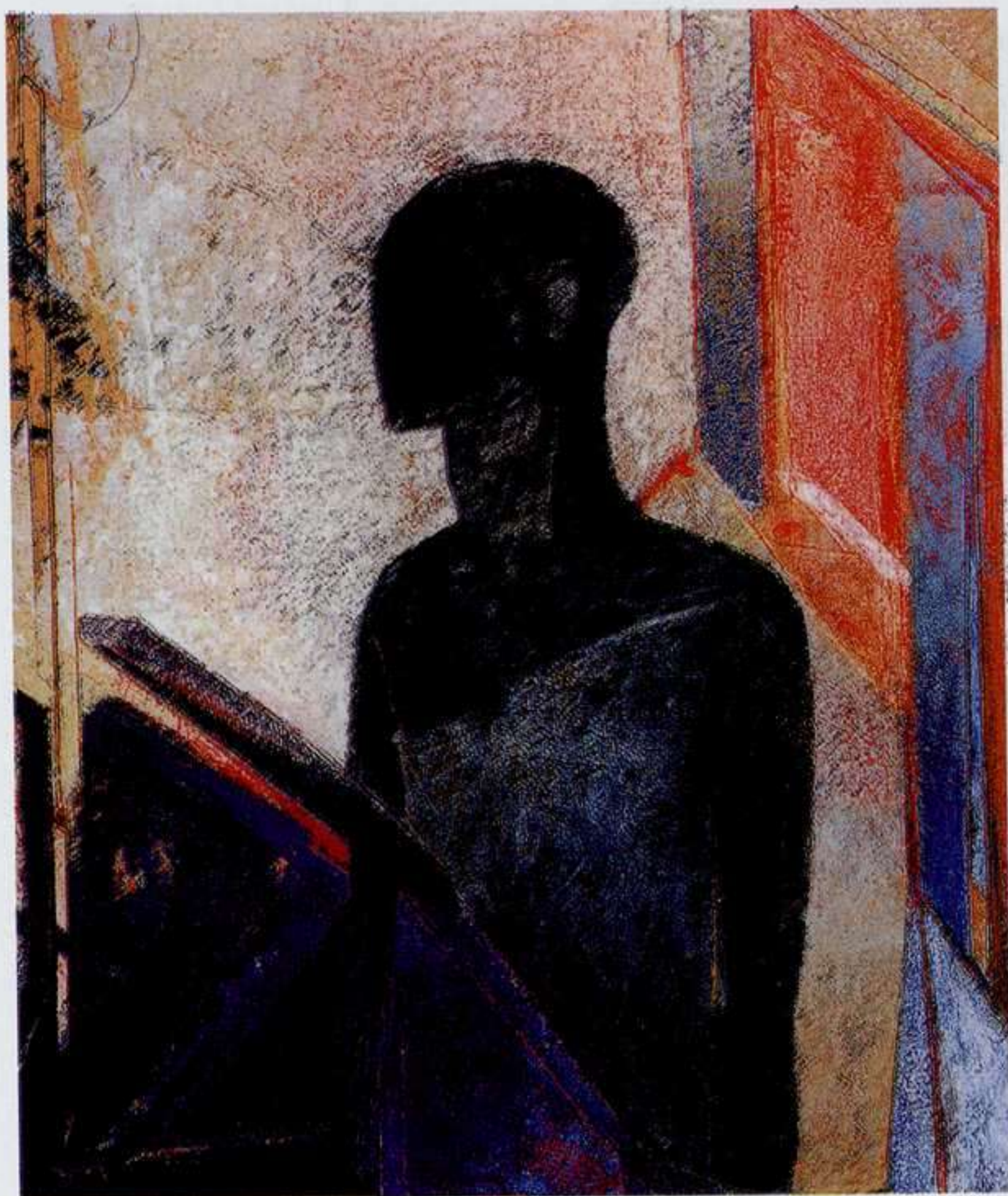
# Es tan fácil que hasta los hombres pueden

Gabriel García Márquez

(Sinopsis)

La relación de García Márquez con el cine es íntima: sabido es, y lo ha manifestado en diversas ocasiones, que quiso ante todo ser cineasta pero que el tipo de cosas que quería decir y el cómo contarlas se adaptaban mejor a la estructura narrativa de la escritura literaria. Crítico cinematográfico en *El Espectador*, su filiación cinéfila coincide con el neorealismo italiano hasta el punto de viajar a Roma a conocer los estudios Cinecittá y estudiar la carrera de dirección en el Centro Experimental de Cinematografía (coincidiendo con el director argentino Fernando Birri) mientras seguía como corresponsal del diario. Impulsor del cine colombiano y de la cubana Escuela de Cine de San Antonio de los Baños, a comienzos de los años sesenta se instaló en México donde escribió diversos guiones llevados o no a la pantalla integrándose en el mundillo cinematográfico junto a Arturo Ripstein (el debut de ambos fue con *Tiempo de morir* (1965) y relacionándose con Buñuel (quien poseía sus primeros libros cariñosamente dedicados) y los Alcoriza. De esta época es el proyecto de guión *Es tan fácil que hasta los hombres pueden*, dedicado a Janet Alcoriza, del que reproducimos una parte de la sinopsis. En él, en tono de comedia y con su habitual ironía, ensalza la capacidad de las mujeres para sobrevivir en las condiciones más difíciles y atraerse para sí incluso a los hombres más declaradamente machistas.

JAVIER HERRERA



Benjamín Lira *Equinoccio*, 1994

Tres chicas guapas, alegres emprendedoras, que a pesar de ser primas hermanas no se conocen entre sí, llegan a la capital desde distintos lugares de la provincia, ilusionadas con la situación de que un tío solterón les ha dejado una herencia.

Meche, la mayor, nacida en el norte es la más despabilada y moderna, y tiene ideas muy propias en relación con la superioridad de las mujeres sobre los hombres. Piensan que estos controlan el mundo por una casualidad histórica y que se mantienen en el poder por la fuerza, sin estar mejor capacitados que las mujeres para regir los destinos de la humanidad.

Licha, probablemente la más guapa, es el carácter apuesto. Es romántica, enamoradiza, sentimental, y se siente satisfecha de que la mujer esté a merced de los hombres. Cree que la felicidad sólo se consigue con el corazón, y tratando de lograrla se ha vuelto experta en la canción y los bailes modernos, pues así espera ser más atractiva al hombre ideal.

Anita, la tímida, la despistada, cuya avanzada miopía ocasiona toda clase de equívocos y trastornos, no tiene ninguna teoría. Se conforma con no crear demasiados conflictos, y tratando de no crearlos crea los más complicados y divertidos. Así, sin darse cuenta, ha descubierto una buena fórmula para suscitar la atención y la simpatía de los hombres.

En la oficina del licenciado donde las tres coinciden para reclamar la herencia, y donde se ven por primera vez, hacen una larga antesala que les permite comentar los sacrificios que han hecho para llegar hasta allí. Todas han quemado sus naves. Meche, que sabe algunas triquiñuelas legales porque ha sido secretaria de un abogado, renunció a su empleo sin indemnización y vendió su coche, pero se dio el gusto de darle con la puerta en las narices a un patrón esclavizante y voraz.

Licha, menos recursiva, sencillamente abandonó el trabajo estéril en una tienda de arreglos florales, con la esperanza de hacer un curso de decoración cuando reciba la herencia.

Anita, que nunca ha tenido un trabajo regular debido a sus constantes metidas de pata, consiguió con un amigo de la infancia que le prestara sus ahorros para pagárselos cuando regrese con la herencia.

El licenciado es un vejete rechoncho, casado con una mujer más agria y autoritaria que un sargento de caballería. Recibe a las tres chicas en una crisis de mal humor, y sin más explicaciones les da una tarjeta con una dirección

Para Janet, como recuerdo  
de los amargos e irrisu-  
bles días en  
que éramos fuertes.  
Con un abrazo de  
Gracia

ES TAN FACIL QUE HASTA LOS  
HOMBRES PUEDEN,  
(sinópsis)

Tres chicas guapas, alegres, emprendedoras, que a pesar de ser primas hermanas no se conocen entre sí, llegan a la capital desde distintos lugares de provincia, ilusionadas con la noticia de que un tío solterón les ha dejado una herencia.

Meche, la mayor, nacida en el norte, es la más despabilada y moderna, y tiene ideas muy propias en relación con la superioridad de las mujeres sobre los hombres. Piensa que estos controlan el mundo por una casualidad histórica, y que se mantienen en el poder por la fuerza, sin estar mejor capacitados que las mujeres para regir los destinos de la humanidad.

Licha, probablemente la más guapa, es el carácter apuesto, es romántica, enamoradiza, sentimental, y se siente satisfecha de que la mujer esté a merced de los hombres. Cree que la felicidad sólo se consigue con el corazón, y tratando de lograrla se ha vuelto experta en la canción y los bailes modernos, pues así espera ser más atractiva al hombre ideal.

Anita, la tímida, la despistada, cuya avanzada miopía ocasiona toda clase de equívocos y trastornos, no tiene ninguna teoría, se conforma con no crear demasiados conflictos, y tratando de no crearlos crea los más complicados y divertidos. Así, sin darse cuenta, ha descubierto una buena fórmula para suscitar la atención y la simpatía de los hombres.

En la oficina del licenciado donde las tres coinciden para reclamar

... 2 ...

... la herencia, y donde se ven por primera vez, hacen una larga antesala que les permite comentar los sacrificios que han hecho para llegar hasta allí. Todas han quemado sus naves. Meche, que sabe algunas triquiñuelas legales porque ha sido secretaria de un abogado, renunció a su empleo sin indemnización y vendió su coche, pero se dio el gusto de darle con la puerta en las narices a un patrón esclavizante y voraz.

Licha, menos recursiva, sencillamente abandonó el trabajo estéril en una tienda de arreglos florales, con la esperanza de hacer un curso de decoración cuando reciba la herencia.

Anita, que nunca ha tenido un trabajo regular debido a sus constantes metidas de pata, consiguió con un amigo de la infancia que le prestara sus ahorros para pagárselos cuando regrese con la herencia.

El licenciado es un vejete rechoncho, casado con una mujer más agria y autoritaria que un sargento de caballería. Meche a las tres chicas en una crisis de mal humor, y sin más explicaciones les da una tarjeta con una dirección para que vayan a conocer su nueva propiedad. Cuando por fin logran encontrarla después de una complicada búsqueda, está a punto de desaparecer de circulación. Es una gasolinera en el más insostenible estado de abandono. Y para colmo de desgracias, situada en una calle de poco tránsito.

En síntesis, el tío solterón, enfermo en sus últimos años, no solo había desamortado el negocio, sino que le hipotecó a última hora para atender a los gastos del funeral. En decir: más que una propiedad, las tres chicas han heredado una deuda.

Construccion, se dan cuenta de que les está vedado inclusive el recurso de recurrir a la herencia. Por una parte, no está dispo-

tas a hacer el esfuerzo de regresar a sus lugares de origen con las manos vacías. Por otra parte, que en por donde deben haber esconzido, el dinero que tienen apenas les alcanza para los pasajes de regreso.

El momento de infortunio es roto por el claxon de un lujoso Cadillac cuyo propietario, ignorante de que la gasolinera no está en servicio, espera que le resuelvan un problema grave. Su coche, y no hay más que verlo para darse cuenta, está a punto de incendiarse, envuelto en una espesa cortina de humo que más bien parece un recurso de guerra que una avería del motor. Anita busca afanosamente un teléfono para llamar a los bomberos. Licha, también ofuscada, consigue una cubeta de agua, y en vez de echarla en el radiador se la echa al coche en la carrocería, como si en realidad se tratara de apagar un incendio.

Meche, la más serena, animada siempre por la idea de demostrar la superioridad de los hombres, es la única que hace lo que se debe hacer: destapa el radiador y le echa agua. Luego, recordando que su viejo coche sufrió un desperfecto similar cuando se le rompió la banda del ventilador, descubre el origen del daño. Entonces le dice al conductor que se vuelva de espaldas y cuente hasta diez. Cuando esto lo hace, el coche está arreglado. Sencillamente, Meche se quitó el ligüero y sustituyó con él la banda rota. Tal vez el coche no irá muy lejos, pero por ahora el problema está resuelto.

El conductor, cuyos aires de funcionario atareado se advierten al primer golpe de vista, se deshace en frases de gratitud, y les deja a las chicas una sabrosa propina.

Ellas mismas no creen en el milagro. Pero Meche reacciona. Comprendiendo que con un poco de ingenio y otro poco de perseverancia se le puede sacar partido hasta a una gasolinera, reanuda por todas

para que vayan a conocer su nueva propiedad. Cuando por fin logran encontrarla después de una complicada búsqueda, están a punto de desmayarse de desilusión. Es una gasolinera en el más lamentable estado de abandono. Y para colmo de desgracias, situada en una calle de poco tránsito.

En efecto, el tío solterón, enfermo en sus últimos años, no solo había descuidado el negocio, sino que lo hipotecó a última hora para atender a los gastos del funeral. Es decir: más que una propiedad, las tres chicas han heredado una deuda.

Consternadas, se dan cuenta de que les está vedado inclusive el recurso de renunciar a la herencia. Por una parte, no están dispuestas a hacer el ridículo de regresar a sus lugares de origen con las manos vacías. Por otra parte, que es por donde deben haber

comenzado, el dinero que tienen apenas alcanza para los pasajes de regreso.

El momento de infortunio es roto por el claxon de un lujoso Cadillac cuyo propietario, ignorante de que la gasolinera no está en servicio, espera que le resuelvan un problema grave. Su coche, y no hay más que verlo para darse cuenta, está a punto de incendiarse, envuelto en una espesa cortina de humo que más bien parece un recurso de guerra que una avería de motor. Anita busca afanosamente un teléfono para llamar a los bomberos, Licha, también ofuscada, consigue una cubeta de agua, y en vez de echarla en el radiador se la echa al coche en la carrocería, como si en realidad se tratara de apagar un incendio.

Meche, la más serena, animada siempre por la idea de demostrar la superioridad de los hombres, es la única que hace lo que se debe hacer: destapa el radiador y le hecha agua. Luego, recordando que su viejo coche sufrió un desperfecto similar cuando se le rompió la banda del ventilador, descubre el origen del daño. Entonces le dice al conductor que se vuelva de espaldas y cuente hasta diez. Cuando este lo hace, el coche está arreglado. Sencillamente, Meche se quitó el ligüero y sustituyó con él la banda rota. Tal vez el coche no irá muy lejos, pero por ahora el problema está resuelto.

El conductor, cuyos aires de funcionario atareado se advierten al primer golpe de vista, se deshace en frases de gratitud, y les deja a las chicas una sabrosa propina.

Ellas mismas no creen en el milagro. Pero Meche reacciona. Comprendiendo que con un poco de ingenio y otro poco de perseverancia se le puede sacar partido hasta a una gasolinera, resuelve por todas que hay que quedarse con el negocio. No cree, de veras, que cueste mucho trabajo.

—Cómo será de fácil —dice— que hasta los hombres lo pueden hacer.

El licenciado, cuyas secretas intenciones no están todavía a la vista, se queda perplejo cuando en vez de tres provincianitas asustadas, ve regresar a su despacho tres muchachas radiantes que le comunican su decisión: se quedan con la gasolinera! El licenciado les dice que es una locura, les explica que al aceptar la herencia tendrán que aceptar también la deuda, y que después de todo aquel no es un negocio para mujeres sino para mecánicos con los pantalones bien fajados. Por último, sus ocultas intenciones empiezan a vislumbrarse, cuando les muestra a las chicas las veintidós letras que le firmó el difunto tío, dando la gasolinera como garantía, y que hará efectivas, una a una, a partir del próximo mes.

Esta es, precisamente, una de las circunstancias en que a Meche le gusta demostrar la superioridad de la mujer. Nada: se quedan con la gasolinera, contra los pronósticos sombríos y la tentativa de soborno del licenciado. Ahora, piensan las chicas, es más que una herencia: un asunto de honor.

Y para que sufra el licenciado, se llevan los documentos de la gasolinera, y reúnen todo el dinero de que disponen. Apenas alcanza para comprar la pintura. Pero entre los relojes y pulseras que llevan al Monte de Piedad, y lo que logra recoger Licha cantando en el camión de ida y regreso, consiguen reunir lo suficiente para darle al negocio una apariencia atractiva.

Con pantalones de trabajo, cantando alegremente, las tres chicas pintan la gasolinera. Licha, con sus ideas de decoración, se ha encargado de comprar la pintura, y por supuesto ha escogido colores que irían mejor con una pastelería sofisticada que con una gasolinera. Anita, la miope, ha sacado nadie sabe de donde unos primeros adornos de olán que les imprimen a las bombas un gracioso aspecto de regalos de boda. Al final el establecimiento parece más bien una fiesta de 15 años que una gasolinera, pero nadie ha de atribuirlo a ignorancia de sus propietarias, sino a un nuevo, moderno e ingenioso sentido de la publicidad.

Las chicas no pueden pagarse el lujo de un hotel. No importa. La abandonada oficina de la gasolinera tiene suficiente espacio para dormir y guisar, y no hay mejor ducha que el lavadero de automóviles. Además, como si todo fuera un premio de la lotería, hay una litera de tres unidades rescatada quién sabe de qué naufragio, donde se duerme como un grumete castigado a pan y agua, pero de todos modos se duerme.

Todo está listo para servir a usted cuando aparece el primer cliente. Las chicas rodean el coche con una diligencia sin precedentes. Meche fumiga los cristales con el atomizador de perfume. Anita retoca las raspaduras de la carrocería con esmalte para las uñas y Licha saca brillo a los cromos con crema para suavizar la piel. En un abrir y cerrar de ojos hacen un extraordinario trabajo de tocador, pero da la maldita casualidad de que el apresurado conductor solo quiere un servicio: gasolina.

—Gasolina! —gritan las tres chicas, mirándose perplejas.

En todo habían pensado, menos en eso. De modo que despachan al cliente con la explicación de que apenas un instante se acabó el combustible, e inician una apresurada y compleja averiguación para saber cómo es ese extraño asunto de comprar gasolina.

que hay que quedarse con el negocio. No cree, de verdad, que cueste mucho trabajo.

— ¿Cómo será de fácil — dice — que hasta los hombres lo puedan hacer.

El licenciado, cuyas secretas intenciones no están todavía a la vista, se queda perplejo cuando de vez de tres provincianitas asustadas, se regresan a su despacho tres muchachas radiantes que le comunican su decisión de quedarse con la gasolinera. El licenciado les dice que es una locura, les explica que al aceptar la herencia tendrán que aceptar también la deuda, y que después de todo aquello es un negocio para mujeres sino para señoras con los pantalones bien fajados. Por último, sus ocultas intenciones empiezan a vislumbrarse, cuando les muestra a las chicas las 22 letras que le firmó el difunto tío, dando la gasolinera como garantía, y que habrá efectivas, una a una, a partir del próximo mes.

Esta es, precisamente, una de las circunstancias en que a Meche le gusta demostrar la superioridad de la mujer. Nada: se quedan con la gasolinera, contra los pronósticos sombríos y la tentativa de soborno del licenciado. Ahora, piensan las chicas, es más que una herencia: un asunto de honor.

Y para que sufra el licenciado, se llevan los documentos de la gasolinera, y reúnen todo el dinero de que disponen. Apenas alcanza para comprar la pintura. Pero entre los relojes y pulseras que llevan al Monte de Piedad, y lo que logra recoger Licha cantando en el camión de ida y regreso, consiguen reunir lo suficiente para darle al negocio una apariencia atractiva.

Con pantalones de trabajo, cantando alegremente, las tres chicas pintan la gasolinera. Licha, con sus ideas de decoración, se ha encargado de comprar la pintura, y por supuesto ha escogido colores que irían mejor con una pastelería sofisticada que con una gasolinera. Anita, la miope, ha sacado nadie sabe de donde unos primeros adornos de olán que les imprimen a las bombas un gracioso aspecto de regalos de boda. Al final el establecimiento parece más bien una fiesta de 15 años que una gasolinera, pero nadie ha de atribuirlo a ignorancia de sus propietarias, sino a un nuevo, moderno e ingenioso sentido de la publicidad.

encargado de comprar la pintura, y por supuesto ha escogido colores que irían mejor con una pastelería sofisticada que con una gasolinera. Anita, la miope, ha sacado nadie sabe de donde unos primeros adornos de olán que les imprimen a las bombas un gracioso aspecto de regalos de boda. Al final el establecimiento parece más bien una fiesta de 15 años que una gasolinera, pero nadie ha de atribuirlo a ignorancia de sus propietarias, sino a un nuevo, moderno e ingenioso sentido de la publicidad.

Las chicas no pueden pagarse el lujo de un hotel. No importa. La abandonada oficina de la gasolinera tiene suficiente espacio para dormir y guisar, y no hay mejor ducha que el lavadero de automóviles. Además, como si todo fuera un premio de la lotería, hay una litera de tres unidades rescatada quién sabe de qué naufragio, donde se duerme como un grumete castigado a pan y agua, pero de todos modos se duerme.

Todo está listo para servir a usted cuando aparece el primer cliente. Las chicas rodean el coche con una diligencia sin precedentes. Meche fumiga los cristales con el atomizador de perfume. Anita retoca las raspaduras de la carrocería con esmalte para las uñas y Licha saca brillo a los cromos con crema para suavizar la piel. En un abrir y cerrar de ojos hacen un extraordinario trabajo de tocador, pero da la maldita casualidad de que el apresurado conductor solo quiere un servicio: gasolina.

— Gasolina! — gritan las tres chicas, mirándose perplejas.

En todo habían pensado, menos en eso. De modo que despachan al cliente con la explicación de que hace apenas un instante se acabó el combustible, e inician una apresurada y compleja averiguación para saber cómo es ese extraño asunto de comprar gasolina.